

Voluptuosidad

ISAAC MUÑOZ

Ed. Amelina Correa Ramón, Renacimiento, Sevilla, 2015, 276 pp.

Autor sutil y esteticista, dandi exquisito y bohemio, el granadino Isaac Muñoz (1881-1925) representa una de las figuras más destacadas de la literatura decadentista en España a comienzos del siglo XX. No en vano, Luis Antonio de Villena ha asegurado que es la de Muñoz “la prosa más decadente y enojada de nuestro modernismo simbolista, en su matiz orientalizante”. Nacido en el seno de una familia acomodada y de tendencia conservadora, el temperamento apasionado del joven Isaac, sin embargo, rebelde a las más rígidas convenciones sociales, se puso de manifiesto desde sus inicios literarios, al publicar en 1904 una primera novela, *Vida*, que lo conectaría con las tendencias más renovadoras del momento. Un año después se trasladaría a Madrid y en 1906 dará a la estampa otra novela, *Voluptuosidad*, unas “páginas encendidas”, sin división interna de capítulos, cuya acción transcurre entre la capital de España, un pueblo castellano de la provincia de Guadalajara y Tánger,

donde materializaba sus ansias de diferenciación, de transgresión de las normas establecidas, plenamente características del decadentismo finisecular. La obra, casi olvidada como el resto de las escritas posteriormente por Isaac Muñoz, se reedita ahora, por vez primera, al cuidado de la catedrática de Literatura de la Universidad de Granada Amelina Correa, máxima especialista en la figura de Muñoz, dentro de la colección Biblioteca de Rescate de la editorial Renacimiento: una valerosa serie, iniciada en el año 2001 con el ensayo de Guillermo de Torre *Literaturas europeas de vanguardia*, especializada en la recuperación de un grupo de escritores “olvidados”, pertenecientes a lo que ya se ha comenzado a denominar como la Otra Edad de Plata, que también contribuyeron con sus obras a la rica pluralidad de la literatura española de las primeras décadas de la pasada centuria. Entre los diferentes títulos que componen su catálogo, la profesora Correa ya se encargó, en 2012, de

la edición crítica de una de las novelas de Alejandro Sawa, *Crimen legal*, perteneciente a su época naturalista, tal vez la más destacada.

En esta ocasión, además de la revisión escrupulosa del texto original, con notas a pie de página y un prólogo inicial para encuadrar y comprender de un modo global la obra, la edición de *Voluptuosidad* efectuada por Amelina Correa incorpora, además de una completa bibliografía “de” y “sobre” Isaac Muñoz, un breve ensayo donde se analiza el “catálogo de perversiones” presente en la novela a partir de los estudios, pioneros sobre conducta sexual humana, del psicopatólogo británico Havelock Ellis (1859-1939), lo que supone una información añadida que aporta mayor entidad a la lectura y la hace integral y enriquecedora, al situar con precisión al lector en el contexto de su época. Ser *perverso* era ser refinado, exquisito; y a ello apuntó mucha de la literatura del momento: todas y cada una de las *perversiones* –nos dice Correa–, entendidas como transgresión del sexo canónico, que aparecen en las páginas de Muñoz obedecen a un sentimiento de inconformismo e insatisfacción, a la vez que de idealidad; si bien no dejaba de haber, igualmente, en aquella ac-

titud una considerable dosis de “pose”, de *épater le bourgeois*. Así, “el joven escritor conjuga en esta su segunda novela la exaltada vivencia que la *moderna* realidad madrileña le ofrece, frente a la provinciana Granada de la que procede, junto con el deseo imperativo de llevar a cabo un nuevo tipo de literatura, cuyo atrevido erotismo sea capaz de granjearle el rechazo escandalizado de la burguesía, a la vez que el halo de prestigio y malditismo que desea entre sus compañeros” (p. 24). El siglo XIX tuvo una visión en general negativa del sexo, asociada a la culpa y el pecado; los valores racionalistas y utilitarios propios de la burguesía decimonónica, sustentados por unas rígidas convenciones sociales, conducían a una irrecusable hipocresía moral, la represión de los deseos más íntimos y a un sentimiento de desestabilidad y desasosiego en las almas. El retorno que el romanticismo y, especialmente, el modernismo propiciaron hacia la belleza, el erotismo, la exterioridad sensible, lo individual y lo exótico –sobre todo, lo oriental–, impregnaría la producción de escritores como Muñoz, cuya ruptura con una moral tradicional acorde con la doctrina católica quedará expuesta de manera patente al rechazar la sola

idea de pecado; el sexo es concebido por él como una fuente de placer (“niña que besa un falo con la misma unción que comulga”, afirma en un pasaje) y, por lo tanto, como una realidad susceptible de rozar –casi– la categoría de arte.

En *Voluptuosidad*, las diversas aventuras galantes del yo literario de Muñoz –también llamado Isaac, lo que convierte a la obra, señala Correa, en una *roman à clef*– discurren en un ambiente abrumadoramente d’annunziano –de D’Annunzio español tildaría Cansinos a Muñoz–, presentándose como unas memorias eróticas a la manera del autor de *El piacere*, de su coterráneo Casanova o del marqués de Bradomín, escritas con un pretendido cinismo no exento de cierta ingenuidad. En todo momento, el protagonista-narrador invoca con nostalgia el recuerdo de una pasada relación, Margarita, nexo de unión entre los diversos episodios que se suceden en la obra, a la que no puede olvidar, lo cual no será óbice para que frecuente, como forma de reafirmar su personalidad, toda clase de relaciones sexuales, incluyendo aquellas prácticas consideradas entonces aberrantes: onanismo, homosexualidad, necrofilia, sadismo, *ménage a trois*, sodomía, sexo oral..., las

cuales conforman el “catálogo de perversiones” aludido con anterioridad. Se pusieron en boga toda una serie de tendencias que eran respuesta y enfrentamiento a un momento histórico que no les gustaba vivir. “La evolución del héroe –explica Amelina Correa– conduce con los años, por la acentuación del carácter egoísta y exigente, al tipo del decadente refinado” (p. 19). En el caso de Isaac Muñoz, sangre, amor y muerte configuran el triángulo central de su concepción erótica y, de hecho, la muerte planea por toda la novela siguiendo una moda muy del gusto finisecular. La atracción por ella, incluso por lo necrofílico, se manifiesta en numerosos pasajes y estaba ya presente en nuestra literatura: basta recordar el halo fatídico que recorre las *Sonatas* de Valle-Inclán y la unión que entre erotismo y muerte embellece su *Sonata de otoño*. No en vano, apuntaba Ricardo Gullón en *Direcciones del modernismo* la relación existente entre amor y expiración, que se torna especialmente intensa a partir del romanticismo y se agudiza aún más en el *fin de siècle*. Eros no puede prescindir de Thanatos, por lo que la muerte corona la voluptuosidad erótica. En Muñoz, apenas hay alusión al amor o a la pasión que no contenga, de

un modo u otro, alguna referencia inevitable a la hora suprema (“Tus labios tienen aún un tesoro de besos mortales”; “Después de la juventud, la muerte...”). Sexualidad, pues, turbia y ambigua como la del marqués de Sade o la de *El jardín de los suplicios* de Octave Mirbeau, quien se refería a su novela como “estas páginas de sangre y de muerte”, dos palabras muy características, asimismo, del universo creador de Muñoz.

Con el advenimiento de la corriente modernista, el arte finisecular volvió sus ojos a la homosexualidad, porque esta había adquirido, con su componente de transgresión particularmente refinado, un prestigio indudable. Isaac Muñoz, similarmente a un conocido pasaje de la *Sonata de estío* valleinclanesca, elogia en *Voluptuosidad* los valores estéticos del sexo homoerótico, a la vez que lamenta, tras una explícita negativa, no haber sido destinado para ello por la naturaleza –en esto se evidencia en buena parte la “pose” literaria antes aludida–. En realidad, se reivindica, estética y literariamente, no tanto la homosexualidad sino la bisexualidad. Por lo que respecta a las recreaciones sáficas que encontramos en *Voluptuosidad* y en el arte y la literatura del periodo, estas pro-

vienen fundamentalmente de un punto de vista masculino –con la excepción de *Zezé* de Ángeles Vicente–, concebidas como estimulante de su propia satisfacción sexual: de ese modo las encontramos en un autor tan admirado por Muñoz como D’Annunzio y en su propia novela posterior *La serpiente de Egipto* –inedita en vida y recuperada igualmente por Amelina Correa en 1997–, donde se describe a las mujeres del harén real exacerbadas por la continua ausencia del esposo. También sadismo y masoquismo se consideraron, en el gozne de entresiglos, como “vicios elegantes”, un refinamiento voluptuoso que marcaba diferencias. En el caso del sadomasoquismo, se hallaba un componente no menor que es el sustrato religioso propiciado por una tradición católica secular, con imágenes de santos martirizados, cilicios, cristos barrocos con efusión de sangre, anhelo de mortificación, de purificación a través del dolor... Igualmente, el placer “estéril” (el onanismo) constituye otro modo de transgresión; y en el prólogo a la novela, Muñoz alude también, de forma indirecta, a la práctica de la sodomía.

No obstante, no deja de ser la mujer el elemento central en *Voluptuosidad*, objeto y motivo de

contemplación, de deseo y de pasión, pero a la que no se dota —a vista de hoy— de una mayor elevación intelectual y espiritual —lo cual, sin duda, hubiera sido lo verdaderamente transgresor para el momento—. Aparecen un gran número de referencias al cuerpo de la mujer, porque era en el cuerpo donde residía la belleza y voluptuosidad que incitaban al hombre a la lujuria y, con ella, al pecado y a la muerte simbólica. “La mujer ha de ser como el sándalo, que perfuma el hacha que lo corta”, aseguraba una escritora de la época, María Pilar Sinués de Marco (1835-1893). Una mujer cuya seductora imagen solía responder, por un lado, al prototipo romántico de *femme fatale* de ojos verdes, labios rojos insinuantes, olorosos perfumes (“Mi olfato, preclaro maestro en ciencia de aromas”, asegurará el protagonista) y ricas joyas sobre su cuerpo semidesnudo, que simboliza la tentación de la carne —así, la bailarina israelí del final de la novela—; o bien, al de una muchacha virginal e inocente, de lánguida ingenuidad y hermosura enfermiza, piel blanca y rostro aniñado, destinada a un amor ideal que, generalmente, la muerte solía truncar; una efigie muy propia del prerrafaelismo, como la del cuadro

The Child Enthroned de Thomas Cooper Gotch. Ambas imágenes, recreación masculina que reflejó en las artes un sentimiento ambiguo que oscilaba entre el temor y el deseo, el aborrecimiento y la fascinación de la atracción sexual. El gusto por las mujeres púberes de los decadentes y estetas hubo de responder, en buena medida, a su oposición a un mundo agresivo, de voraz industrialización y —tal vez— a las nuevas exigencias de la mujer que de él iba surgiendo. La constante cotización de la pureza ideal se acentuó con el advenimiento de un fin de siglo turbulento y confuso...

A partir de *Voluptuosidad*, gracias al traslado de su padre —militar de carrera— a Ceuta se acentuará la corriente orientalista en la producción de Isaac Muñoz, autor de obras suntuosas y esteticistas como *Morena y trágica*, *La fiesta de la sangre*, *Esmeralda de Oriente*, etc. También como articulista alcanzó Muñoz gran notoriedad, especialista del mundo magrebí y de la política colonial española, y fue asiduo asimismo de las principales revistas literarias de entonces. La muerte, su vieja amiga, le alcanzó de forma prematura cuando aún no había cumplido los 44 años de edad. Enfermo de sífilis, llevaba ya

una larga temporada apartado de la creación y del mundillo literario: así, una sola reseña en el *Heraldo de Madrid* –donde publicó más de doscientos artículos entre 1911 y 1919– aparecería tras su fallecimiento, datos que se pueden constatar en la ejemplar edición llevada a cabo por la profesora Correa y la editorial Renacimiento, que recuperan una obra, exponente del refinamiento erótico de un modernismo de la sensorialidad, que introducía aires nuevos en una literatura española en parte anquilosada. Y es que, como dice Huysmans por boca de uno de sus personajes, en *Là-bas*, “...cuando el materialismo hace estragos, surge la magia”.

José Miguel González Soriano
Universidad Complutense de Madrid